

La alarma había llegado á esta ciudad el día 21 con la guarnición de Pátzcuaro. Fué unánime la opinión de abandonar la capital y reconcentrarse en México: así lo acordó el prefecto político D. Manuel Elguero, y el *Periódico Oficial* de la prefectura superior anunció á los habitantes que las autoridades y la fuerza del imperio iban á salir, "supuesto que el Dios de los ejércitos, en sus inexcrutables designios, había permitido que el señor general Méndez, derrotado, hubiese desaparecido de la escena."

El 22 estaba ya formada la tropa en las calles de la ciudad, con la artillería y los carros, y las familias preparadas para el viaje, cuando se recibió el extraordinario de Méndez avisando su victoria. Inútil es decir que toda aquella gente volvió respectivamente á sus cuarteles y á sus casas, en medio del repique á vuelo de las campanas de Morelia.

## CAPITULO XXXVI.

(1866)

Reunión de dispersos.— El campamento de Charapendo.— Llegada á Tacámbaro.— El coronel Haro.— Régules es nombrado general en jefe del Ejército.— Cómo se recibió este nombramiento.— Recuerdo de D. Vicente Guerrero.— Un brindis de D. Benito Juárez.— Situación política del Estado.— Reorganización del Ejército.— Otra gran parada en Uruapan.— Expedición al interior.— Algo personal.

El general Riva Palacio llegó al principiar la noche del mismo día 20 á la hacienda de Charapendo. Desde en la tarde se le habían ido incorporando partidas de dispersos, sucediendo lo de siempre: cada jefe, cada oficial, cada sargento de los nuestros había procurado reunir á los fugitivos, y con grupos más ó menos numerosos se dirigían al punto de reunión, no porque se hubiera éste convenido de antemano, sino porque las circunstancias lo habían hecho adivinar. Al cerrar la noche, había ya incorporados como doscientos hombres.

En uno de los *carnets* que conservo hay algunas notas que no carecen de interés, relativas á los sucesos de aquel día; pero me limitaré á tomar de ellas lo siguiente:

"Volvamos al campamento de Charapendo en la noche del día 20, y examinémoslo á eso de media noche. La luna, espléndida, rodaba en el cielo, despidiendo una luz tan intensa que se podían reconocer los objetos á larga distancia. De trecho en trecho se veían pelotones de soldados dormidos profundamente, y de tiempo en tiempo interrumpía el silencio el grito de alerta de las centinelas.

“Mi amigo Jesús Marmolejo me había despertado, y luego que estuve incorporado, me dijo:

—Ven á ver lo que son estos chinacos: valientes en los combates, estoicos en la desgracia, rapaces, y obedeciendo á veces á instintos brutales. Si no fuera porque en el fondo son patriotas, y por los grandes servicios que prestan en la guerra de montaña, sería preferible prescindir de ellos.

—Te refieres.....

—A los guerrilleros de la Simona.

—Lo que es hoy, ellos han sido la causa de nuestra derrota por su ansia de rapiña.

—Es verdad; pero ya ves que el general los ha vuelto á recibir. Estos mismos hombres, bandidos hoy, soldados mañana, conducirán reemplazos para el ejército, quitarán armas al enemigo para aumentar los cuerpos, servirán de exploradores y de espías, en suma, serán muy útiles para distraer al enemigo mientras se reponen nuestras tropas, lo que ha comenzado á suceder á raíz de la derrota. Pero vamos á verlos.....

—Bien, ¿y qué me vas á enseñar? ¿acaso en este momento se reparten el botín?

—No; ven á ver cómo duermen tranquilamente en brazos del amor.

—¿Cómo es eso?

—Mira!

“Habíamos llegado á un potrero, desde donde se oía el murmurio del Cupatitzio, que se desliza no lejos de aquel sitio, en un cauce de roca. Gracias á la claridad que iluminaba el paisaje, pude observar que algunas en los catres de campaña quitados al enemigo, y otras en el suelo, dormían muchísimas parejas amorosas.

—Pero esto es horrible, dije á Marmolejo; ninguno de estos guerrilleros cargaba mujer. ¿Son nuestras mismas soldaderas, las de los dispersos y muertos de nuestra tropa?

—No; es el complemento del botín. Los oficiales y soldados de Méndez, vencedores en la Magdalena, pasan esta noche vitidos. Los chinacos dicen que sólo esa les faltaba!

“Abandonamos aquel sitio de disolución. El general, que se levantó muy temprano y que supo lo que acabo de referir,

decretó un divorcio general. Las soldaderas se encaminaron á Uruapan, en donde unánimes contaron que habían pasado la noche anterior extraviadas en los bosques, y con tanto mayor susto, cuanto que no las acompañaba un solo hombre.

Al día siguiente se continuó la marcha, rumbo á Tacámbaro, aumentándose, hora por hora, el número de los dispersos que ocurrían á sus banderas. El coronel Valdés, que se había batido á la cabeza de sus valientes *pintos*, á pie y enfermo, avisó que se dirigía á Huétamo con un numeroso grupo de infantes; el comandante Marcos Gómez, de la caballería de aquel pueblo, comunicó que llevaba cien jinetes; Salgado, desde Ario, que tenía ya reunidos como doscientos hombres, de los dispersos, con sus respectivos fusiles; los coroneles Zepeda, Servín y Miguel Salcedo, que marchaban al frente de sus jinetes; otros muchos jefes daban parecidos partes; Villada avisó haber ocupado de nuevo á Uruapan, y que allí estaban reuniéndose sus “Fieles de Michoacán.” Avisaba también que tenía en su poder varios prisioneros que había hecho á la fuerza imperialista el día de la batalla. Por su parte el coronel Treviño comunicaba haber ocupado á Uruapan el mismo día de la salida de Méndez, agregando que sus soldados estaban uniformados con el vestuario del enemigo.

Así es como, al llegar á Tacámbaro, había ya noticia de que se contaba con cerca de mil hombres de los derrotados en Uruapan.

En el mismo día se recibieron partes oficiales de Ronda, avisando la ocupación de Pátzcuaro, el recobro de esta plaza por Méndez, y la noticia de que había quedado allí una muy corta guarnición. El general pensó desde luego en marchar sobre dicha ciudad y en hacerla por de pronto centro de sus operaciones. Este pensamiento grandioso, á la vez que fácilmente realizable, se desgració como vamos á ver.

Habíamos llegado á Tacámbaro. El general se alojó en su “palacio,” en la casa de D. Antonio Gutiérrez, en aquella simpática mansión cuyos portales ven al Norte de la ciudad, y desde cuyos corredores, en el interior, se divisa la enmara-

ñada cordillera de la tierra caliente, compuesta de montes de caprichosa y rara figura.

Apenas acabábamos de instalarnos, cuando supo Riva Palacio que el coronel D. Pablo Haro, que había llegado á unirse al ejército en aquellos días, era portador de pliegos interesantes del Presidente de la República: en efecto, venía de la frontera, enviado por el Sr. Juárez, para poner en manos de Régules su despacho de General de División y el nombramiento de General en Jefe del Ejército Republicano del Centro.

Apenas circuló esta noticia entre los jefes de los cuerpos, cuando éstos y gran número de oficiales se dirigieron al alojamiento de Riva Palacio. En una junta numerosa que se verificó allí, expusieron al general que ninguno de los presentes desconocía los méritos y aptitudes de Régules para el mando militar; pero convencidos de que carecía de conocimientos para dirigir la administración civil y política, y de que no eran aquellos momentos oportunos para hacer un cambio, habían resuelto suspender el cumplimiento de las órdenes del Gobierno General, ocurrir al Sr. Juárez manifestándole la situación, á fin de que, si lo creía conveniente, revocara el nombramiento haciéndolo recaer en el general Riva Palacio, y por último, suplicar á éste, como lo hacían, que entretanto llegaba la resolución del Presidente continuase al frente del ejército. Quienes más decididos se manifestaron en la junta en el sentido indicado, fueron el coronel Ronda y sus subalternos, dispuestos á sostener aquella resolución con la fuerza que mandaban, única organizada y numerosa en aquellos días, supuesto que no se había hallado en la batalla de la Magdalena.

Yo estuve observando al general mientras se discutían y aprobaban aquellas resoluciones de la Junta de Guerra. Riva Palacio; como todos los hombres de valer, tiene la ambición de mando, y en aquellas circunstancias, desde la muerte del general Arteaga, había aceptado con decisión las grandes responsabilidades que pesaban sobre el Cuartel General. Él había vuelto á crear el Ejército del Centro, casi sacándolo de la nada; él, no obstante el desastre de La Palma, que aniqui-

ló una de las divisiones, había provocado á Méndez á una batalla campal, en que la victoria estuvo indecisa entre ambos beligerantes y en que nuestra derrota dejó impotente al enemigo; él tenía la convicción de que antes de un mes, con los elementos que ya tenía allegados, podría desafiar de nuevo á su adversario y obtener acaso grandes triunfos.

Por más que el general trataba de cubrir de impasibilidad su semblante, era seguro que en su alma se presentaban aquellos pensamientos, y que tenía que sostener una lucha interior entre ellos y el deber de obsequiar las órdenes superiores.

—Señores, dijo por fin, la obligación del soldado es obedecer al que manda: el Sr. Juárez es el Presidente de la República; ha nombrado General en Jefe del Ejército del Centro al Sr. Régules, y yo soy el primero en reconocerlo; hoy mismo se dictará esta resolución en la orden general. En cuanto á mí, doy á ustedes las gracias por la honra con que han querido distinguirme. A una elección espontánea de ustedes debí el haberme encargado del mando en jefe del Ejército del Centro; á la orden superior del primer Magistrado de la Nación debo dar el ejemplo de la disciplina y de la lealtad. No dudo que en este momento irán ustedes á felicitar al general Régules y á recibir sus órdenes.

Se podrá pensar que aquellas palabras encontrarían resistencia en los hombres á quienes se dirigían; pero es tan persuasiva la voz del deber y del patriotismo, que todos las recibieron con entusiasmo, y que ninguno de los presentes dejó de felicitar por ellas al general Riva Palacio.

Cuando disuelta la reunión, el general se paseaba meditabundo y grave en el corredor de la casa, su secretario se atrevió á intefrumplar su meditación.

—Señor, acaba vd. de dar un gran ejemplo de moralidad al ejército, y por otra parte se ha vengado vd. noblemente de los que no quisieron reconocer á vd. hace un año como Gobernador del Estado.

—Ahijado, no olvide vd. que soy el nieto de Guerrero. ¿Qué es el sacrificio del amor propio ante los destinos de la Patria?

—Y ahora, ¿qué va vd. á hacer?

—El general Régules necesita obrar sin compromiso alguno; tiene él un círculo distinto del que se ha servido rodearme; otros hombres merecen su confianza: hay, pues, que dejarle completamente libre el campo.

—Pero vd. es todavía el Gobernador del Estado.

—Precisamente aun esto podría ser un obstáculo á su marcha política. Pediré una licencia y saldremos de aquí.

—Entonces, ¿vamos á marchar á Zitácuaro?

—Tampoco. Hoy por hoy, las fuerzas y los elementos todos de Zitácuaro pertenecen al Cuartel General. Puede decirse que, con excepción de los Alzati, todos los antiguos jefes que militaban á mis órdenes en Zitácuaro han muerto en el cádalso ó en los campos de batalla: Nicolás Romero, Ojeda, Serrato, Morales, Bernal, Robredo y tantos otros. Cuando el general Régules haya utilizado los hombres y los recursos que aún quedan, entonces comenzaré una nueva obra de reorganización en el primer distrito. Por ahora, ahijado, nos retiraremos unas cuantas días de la escena política. Mañana mismo emprenderé el viaje sin que me acompañen más que dos ó tres de mis ayudantes, que estoy seguro no querrán permanecer aquí, y que por otra parte pudieran ser considerados como elementos míos dejados adrede en el ejército. En cuanto á vd., en su carácter de auditor de guerra, debe presentarse al general Régules; y si vd. quiere, como lo deseo, dentro de algunos días puede ir á incorporármese, pidiendo una licencia.

\* Al día siguiente, el general, acompañado de José María Alzati, Jesús Verduzco y de los mozos Antonio y Pedro, tomó el camino de la costa.

Acaso por razón de la grande distancia á que se hallaba el Gobierno General, ó por mala fe de algunos, llegaron falseadas á Paso del Norte las noticias de los sucesos que acabo de referir, suponiéndose que los jefes del Ejército del Centro habían desconocido al general Régules y aun habían cometido el desacato de ponerlo preso. Sin embargo, este rumor no bastó á desmentir la noble conducta del general Riva Pala-

cio. Recuerdo que más tarde, restablecida ya la República, el general Riva Palacio obsequió al Presidente de la Nación con un banquete, que se verificó en el Teatro de Chiarini la noche del miércoles 24 de Julio de 1867, y que un periódico hizo la crónica de esta *convivialidad*: contaba que entre los brindis que se pronunciaron, fueron notables los siguientes:

“El general Riva Palacio encomió elocuentemente la constancia y el patriotismo del jefe de la nación; encareció las ventajas que el país ha conquistado en la contienda que acaba de terminar, y, cierto de que para consolidarlas son necesarias la paz y la concordia entre los mexicanos, hizo votos por que, sin declarar impune el crimen, consolide la clemencia las conquistas del valor y de la justicia. Concluyó brindando á la salud del Presidente de la República.

“Éste tomó la palabra á poco rato. Con la modestia sincera que ha mostrado en todos los actos públicos desde su llegada á la capital, declinó los encomios que acababan de hacérselo, repitiendo que todo el mérito y todo el honor del triunfo son del pueblo mexicano y de sus caudillos. “Hay uno de éstos, añadió, en cuya patriótica conducta durante la guerra, figura un rasgo que debo publicar, aprovechando esta ocasión para señalarlo á la imitación de todos los mexicanos. Pero esto me obliga á remontarme á la primera época de nuestra independencia, y á referir otro hecho que marca, por decirlo así, la filiación y consanguinidad del patriotismo. — Cuando el pueblo mexicano luchaba por sacudir el yugo del poder español, hubo un hombre que todos recordamos, y cuyo patriotismo y perseverancia han dejado huellas heroicas en las montañas del Sur. Los reveses de la causa nacional habían encontrado en aquel hombre todas las esperanzas de los patriotas mexicanos, era casi su único caudillo, era la encarnación viva de la insurrección decadente. Ese hombre, como lo habréis ya comprendido, era el general Vicente Guerrero. Las vicisitudes de la lucha trajeron frente á este campeón de la independencia, á otro hombre que después de hacer la guerra á su patria, venía á reparar su error, trayéndole la ofrenda de inmensos elementos de poder militar y de prestigio. Guerrero no pensó más que

“en el triunfo de su causa. Olvidó sus hazañas y sus méritos, “y sin ocurrírsele siquiera una idea de rivalidad con el jefe recién convertido, le cedió el puesto y ocupó otro en apariencia subalterno, pero en el cual se conquistó los primeros honores debidos á la abnegación y al patriotismo. Pues bien, señores, nuestra raza no decae; la abnegación patriótica se hace entre nosotros hereditaria: el nieto del inmortal Guerrero se ha mostrado en la última guerra digno de su ilustre progenitor. En medio de las vicisitudes que sufrió la causa nacional en Michoacán, hubo un momento en que las fuerzas republicanas de aquel Estado desconocieron á su jefe, lo aprehendieron y ofrecieron el mando al general Riva Palacio. Este, para dominar la crisis y conservar un centro de organización entre aquellos patriotas extraviados, permaneció á su cabeza; pero vino el reflujó del buen sentido, el general depuesto recobró su libertad, y entonces Riva Palacio, insensible á las seducciones del mando, y sin pensar más que en la deferencia debida al legítimo delegado del Gobierno, le repuso en su puesto y fué el primero en prestarle obediencia. He debido hacer públicamente este homenaje de justicia y elogio al caudillo que nos reúne en este lugar, y señalar su patriótica conducta á la imitación de todos los mexicanos.

“Señores: Brindemos por el general Riva Palacio.”

“Una salva estrepitosa de aplausos cubrió estas últimas palabras.”<sup>1</sup>

Continúo mi narración.

El general Régules tenía muchos partidarios; pero desgraciadamente algunos de éstos eran intrigantes y nunca habían sido amigos sinceros del general Riva Palacio, á quien, sin embargo, habían servido como patriotas. Desde luego, al entregar el mando Riva Palacio, trataron de desprestigiar á éste y de hostilizar á sus adictos. El resultado de sus trabajos fué un cambio casi general de jefes de líneas y de cuerpos: de estos últimos sólo se conservó á Garnica en la de Morelia,

<sup>1</sup> De *El Globo*. Tomo I, núm. 23, del jueves 25 de Julio de 1867. — Como se ve, el Sr. Juárez había dado crédito á los falsos informes de que he hablado.

á Arias en la de Zamora, á Velasco en Tacámbaro y á Valdés en Huetamo, con quien, sin embargo, no siguieron cultivándose cordiales relaciones, lo que dió por resultado que en aquella villa comenzara á resfriarse, respecto de nosotros, el espíritu de hospitalidad.

El coronel Ronda que, como he dicho, había ocupado á Pátzcuaro, evacuó esta ciudad á la aproximación de Méndez, y retirándose por Santa Clara, llegó á Tacámbaro el mismo día en que entró allí el general Riva Palacio. Parece que se libraron órdenes á fin de que depurase su conducta ante un tribunal militar, pero el cambio habido en el Cuartel General dejó las cosas en tal estado. Ronda, sin embargo, primero porque notó que había en su contra cierta predisposición, y luego porque fué acometido de una enfermedad que le duró algún tiempo, se separó también del servicio, al cual volvió en virtud de un episodio de que hablaré después.

El general Régules conservó por de pronto en su puesto de Secretario del Cuartel General al Lic. D. Justo Mendoza, con beneplácito de todos los michoacanos, que veían en aquel abogado un patriota inteligente, honrado y de notoria ilustración: en el Estado Mayor figuraban el teniente coronel Antonio Mejía, el de igual grado Eduardo Dévaux, los comandantes Antonio Ponce de León y José María Chica, los capitanes Filomeno Alvarez, Jesús Marmolejo y otros que no recuerdo. D. José María Landa, antiguo, inteligente y honrado empleado de hacienda, recibió el nombramiento de Comisario General del Ejército.

El general Régules se ocupó, en los pocos días que permaneció en Tacámbaro, en reunir las diferentes partidas que se habían formado de los dispersos de la Magdalena, y que estaban diseminadas en aquella línea que comprendía á Arío, la Huacana y otros pueblos de tierra caliente, las reorganizó, y con ellas y las fuerzas que desde antes había en dichos puntos, salió el día 1º de Marzo para Uruapan, habiendo expedido el día anterior la siguiente proclama:

“Nicolás de Régules, General de División y en Jefe del Ejército Republicano del Centro, á los habitantes de los Estados sometidos á su mando: — Mis amigos: Defensor de la

causa de México, estoy unido á ella, si no por origen, sí por convicción, por afecto, por mi propia posición, y lo que es más, por los tiernos vínculos de familia, que son las verdaderas causas del patriotismo. Con tales antecedentes, créo de mi deber hablaros hoy para que sepais mis sentimientos y propósitos.

“El Gobierno de la República, fiel á los sagrados compromisos que ha contraído con la Nación, me ha honrado con el mando de Jefe del Ejército del Centro, no tanto por consideración á mi persona, cuanto por conservar en los Estados del interior un agente de su suprema autoridad, que le represente en la guerra y le ayude á libertar al pueblo mexicano del yugo que se le ha querido imponer. Conozco lo que valgo, y fuera de mis servicios como soldado de la República, que seguiré prestando hasta sucumbir en la lucha, no me creo capaz de sobrellevar una carga que es muy superior á mis fuerzas.

“Sin embargo, callar ante el llamamiento de la Patria, cuando puede perder su independencia si no se sigue combatiendo, es un criminal egoísmo indigno de ciudadanos que han nacido libres. Rehusar á México, este país hospitalario y generoso, el sacrificio de la vida ó la familia, cuando con la dominación francesa todo se pierde, es una ingratitud ajena de corazones leales y agradecidos. Estos son vuestros sentimientos, que también son los míos.

“Hacer una guerra sin cuartel á un enemigo que paga nuestra generosidad arrojándonos á la cara los cadáveres de nuestros hermanos, es una exigencia que á grito herido reclaman la sangre de los patibulos que en todas partes han levantado los traidores, las familias huérfanas, y la dignidad de México cruelmente ultrajada. Esta exigencia yo la acataré, porque perdonar, para los traidores es tenerles miedo, y ni yo ni los valientes que me acompañan hemos retrocedido jamás ante el peligro.

“Los grandes bienes, ni se adquieren ni se recobran, sino á costa de grandes esfuerzos, y la Independencia de México, el mayor don que han podido disfrutar sus hijos, ha costado y seguirá costando sacrificios de todo género. Es de mi deber

aprovecharlos ó emplearlos en su objeto, para que la guerra se mantenga en todo su vigor y no se esterilicen los afanes de los ciudadanos que en ella no toman una parte activa. También os empeño mi palabra de que, á los que no sean hostiles á la causa de la independencia, se les otorgarán las garantías compatibles con el estado de guerra, y haré se guarden las leyes que así lo previenen.

“Mas para cumplir dignamente la alta y delicada misión que me ha confiado el Gobierno de la República, necesito de toda vuestra cooperación, y espero no me la negaréis, hoy que es más necesario hacer un esfuerzo supremo para dar fin á nuestra grandiosa empresa. De otro modo, México, que hasta aquí es admirado por las naciones libres, y que ya ve cerca el premio de sus sacrificios y de su sangre, perderá la alta-estima en que se le tiene. Cada ciudadano, sin otros antecedentes que su patriotismo, está llamado á prestar sus servicios, y yo siempre los admitiré gustoso. Así se mantendrá en pie la bandera de la Independencia Mexicana y se realizarán los patrióticos deseos de vuestro amigo.—*Nicolas de Régules*.—Tacámbaro, Febrero 28 de 1866.”

Al salir de Tacámbaro el general llevaba consigo, como he dicho, todas las fuerzas existentes en aquella línea; la dejó descubierta en toda su extensión, expuesta, como se verificó, á ser ocupada por los contraguerrilleros imperialistas, y en consecuencia quedó así cerrado un punto importante para la retirada, é interceptada por completo la comunicación con Zitácuaro y Huetamo.

Ya en Uruapan creíamos todos que el general había resuelto hacer de aquella ciudad el centro de sus operaciones y el asiento del Cuartel General, como en los tiempos de Berriozábal, Caamaño y Salazar, y que permanecería en ella para poner el ejército en alta fuerza; pero no fué así; el día 5 de Marzo dió orden de que se verificara una gran parada en el llano de Uruapan con toda la fuerza, que se componía de mil quinientos hombres de infantería y caballería, siendo de esta arma la mayor parte. En aquel acto Régules dió á reconocer como mayor general al coronel D. Miguel Eguíluz. Se pasó revista de armas, parque y vestuario, y en seguida las tropas regresaron á sus cuarteles.

Al día siguiente, 6, el ejército abandonó á Uruapan y penetró en el corazón del Estado, ocupados aquellos lugares por numerosas guarniciones del enemigo. Por muchos días no se volvió á tener noticia de Régules ni de sus tropas, siendo general la ansiedad que reinaba en nuestras poblaciones, que se sentían aisladas.

Yo debí haber ido en la expedición; pero al salir de Uruapan, el general, viéndome muy enfermo de intermitentes, me dijo:

—“Licenciadito, usted no puede caminar así; vale que por de pronto no necesitamos auditor de guerra. Váyase vd. á Turicato ó á Churumuco á prestar sus servicios en la Secretaría de Gobierno, al lado del Sr. D. Justo Mendoza, que va á ser nombrado Gobernador de Michoacán.”

Me dió unos pliegos para que los llevara á aquel funcionario, y Antonio Ponce, el secretario del general, me extendió el pasaporte escribiéndolo sobre la cabeza de la silla. Yo dí gracias al cielo de haber recibido aquella orden, pues todos teníamos el presentimiento de que tal expedición iba á ser desgraciada. Me despedí del general y de sus ayudantes, y regresé por de pronto á mi casa.

Me perdonará el lector que lo distraiga con recuerdos que me son personales, pero que en esta ocasión son tan vivos, que no he querido prescindir de narrarlos. Por otra parte, no están fuera de propósito en estas páginas.

Al día siguiente emprendí mi marcha en busca del Lic. Mendoza, á cuyo efecto tomé el camino de la hacienda de la Zanja para ir á orientarme en la Huacana. Quiso mi desgracia que ni mi asistente ni yo supiéramos la dirección que debíamos seguir, y nos vimos precisados á llegar á Pueblo Nuevo, en donde había una pequeña fuerza republicana, pero en donde se corría el peligro de ser sorprendidos por los contraguerrilleros del imperio.

Dicho y hecho. Entramos en el pueblo, é iba yo á presentarme al jefe de la fuerza, cuando oímos balazos, carreras de caballos y el estrépito de las puertas que se cerraban á toda

prisa en las tiendas de la plaza. Luego vimos correr á unos chinacos á galope tendido y no nos quedó más recurso que seguirlos, como concedores que eran del terreno. Tras de nosotros, á todo escape, iba la contraguerrilla de José María Orozco, uno de los jefes más sanguinarios y crueles con que contaba el imperio en Michoacán.

Estuvieron á punto de alcanzarnos: ya me creía yo en su poder, puesto que, aparte de que mi caballo no tenía nada de ligero, hacía pocos momentos que me había entrado la calentura y con ella el desfallecimiento consiguiente. Por fortuna el enemigo dejó de perseguirnos.

Continué mi marcha, y cuando dos días después llegué á Turicato, los accesos de la fiebre eran diarios é intensos. El Sr. Mendoza, que me vió en tal estado, me aconsejó que hiciera un viaje á la costa, única región en donde podía tener tranquilidad y algunos elementos para curarme. Acepté con gusto el favor que se me hacía y que me proporcionaba la ocasión de ir á reunirme con el general Riva Palacio.

Pero antes de referir aquel viaje, que fué para mí tan agradable, y á fin de no adelantar los sucesos, seguiré por de pronto el hilo de esta historia.